

Carta a Bonifacio Byrne

Ramón Fernández Larrea

ENLUTADO Y SOMBRÍO BONIFACIO BYRNE:

No se me vaya a hacer la bala que mató a Kennedy. No se me ponga en periodo especial del corazón y esas cosas, que a todos creo que nos ha pasado lo mismo, de distintos modos y maneras —como decía una muy abuela mía— pero a todos nos ha mordido ese tipo de perro alguna vez. Y a lo mejor no con un trapo ondeando, pero sí con un ventilador sovieta, de aquellos que absorbían aire en vez de echarlo. De los que tenían su complejo de inferioridad y no querían ni hacerse notar. Pero yo, en el fondo del fondo, le comprendo la indignación patriótica en eso de regresar de distante ribera y encontrarse otra cosa flotando, en vez de lo que decía la promoción turística que lo embulló a regresar.

Y ya empecé juzgando, que no es lo mío. Que en este mundo andamos a cocotazos por ver la papa rellena en el ojo ajeno y no la vaca de contrabando en el propio. Vamos a ir por partes, que es lo que en gramática se llama, muy decentemente, los participios. Si yo le indico algo, aunque sea mentira, serían entonces participios indicativos. Dejemos la poesía de marras para el final, el poema de la bandera hacia el fondo, y entremos en su vida a todo trapo. Que el último que se atrevió a recitar sus inflamados versos se inflamó tanto que se hundió en el agua. O lo hundieron, que hay bururú barará con el tema.

La cuestión en sí es que usted era matancero, y a pesar de eso llegó lejos cantidad. Y hasta lo nombraron en su momento Poeta Nacional, título que luego le tocó a otro coterráneo suyo, Agustín Acosta. Acosta de La Carreta. Luego la carreta fue de Catcher y la llevaron para Camagüey. Parece que la provincia era como una especie de cantera de Poetas Nacionales, lo que dice muy bien del nombre que le pusieron los que saben: «La Atenas de Cuba», y ya hay gente muy seriamente empeñada en dejarla con sus hermosas ruinas, sus Partenones sin esternones, su mar desmarejada. En fin, que si le siguen metiendo entusiasmo de ese modo, llegará a ser «La Apenas de Cuba», y su lugar más conservado, las Cuevas de Bellamar, si no las han agarrado de refugio todavía.

A los frijoles, caballero: usted nació allí en 1861, así que tendría siete años cuando en La Demajagua se soltó Papillón. No sé si aún le tocaba leche a esa edad y en esa época, tal vez sí, y eso lo inclinó hacia los versos. Eso y el haber nacido en el lugar adecuado. Y en una semblanza de su semblante se dice que

usted no se incorporó al movimiento Modernista. Tal vez ni lo llamaron para que lo hiciera. Yo siempre le huyo a los movimientos, aunque sean de tierra. Siempre hay un capitán araña y una pila de gente sepultada. Aunque sea en el olvido. Que en su caso, matancero de la Atenas cubana, sería «sepultado en el Ovidio», aunque creo que éste era romano o de por allí cerca de la Antigüedad. La cuestión es que, impulsado por el aire provincial se puso a escribir versos. Y lo que es peor, a publicarlos. Que si uno los escribe y los va diciendo en las barras y en las esquinas, todavía se salva por delirante, loco o borracho. Pero «papelito habla lengua».

Y en esa misma semblanza, se dice textualmente que usted «se acercó a Julián del Casal» —pero no menciona de qué forma o de qué lado—, «y éste le tomó tanta estima que le dedicó la semblanza que incluyó en *Bustos y Rimas*». Parece que usted tenía mucho buen busto, que todo el mundo le dedicaba una semblanza. Buen semblante a lo mejor era lo que tenía, y le bustaba a todos. Yo mismo, ahora, me doy cuenta que estoy haciendo lo mismo, semblanteándolo hasta donde puedo, porque he observado que mucha gente, cubanos inclusive, lo conocen a usted solo de los versos finales del poema a la bandera y solo tienen en mente los artríticos brazos cadavéricos levantados con una pila de retazos. Y el poema dice más, cómo no. Y su vida también.

Por eso me voy pa' Sibanicú —que más que una licencia poética, es médica o transportista— hasta el año 1893, cuando el pobre Casal le dio la patá a la lata, muriéndose de risa, sellando así el destino de nuestro carácter nacional. Ese año publicó usted su poemario *Excéntricas*, que no eran versos dedicados a mujeres de la farándula, sino un intento más de alejarse de los Modernistas, que luego fueron un cuarteto musical, pero en su época era gente alejandrina, endecasílabo y llena de cisnes por todas partes. Y dos años después, es decir, como reza la canción: «Allá en el año 95/ y por las selvas de Mayarí...» (y esto es importante para los naturalistas, porque testimonia que Mayarí era una selva) empezó la guerra, y usted se metió en un jelepe por un soneto que escribió defendiendo a su vecino Domingo Mújica, fusilado por los españoles. El soneto tuvo una aplastante popularidad, llevado por Radio Bemba, y ahí se le complicó a usted el sábado por Domingo.

Si me remito a la semblanza de marras, me doy de morros con una idea que afirma lo que yo sospechaba: «Este lamentable hecho [se refiere al fusilamiento del vecino conspirador, no a la composición poética] inspira al poeta un soneto que va a provocar una nueva orientación de su poesía. Byrne deviene poeta civil». Ya caigo. A partir de entonces, los lectores del soneto se volvieron «byrneros», y comenzó lo que ahora se conoce como «estar en el byrne», que alguna gente confunde con vender plátanos a sobreprecio o café oriental por debajo de la manga. Muy civil todo, pero perseguido, como ha de ser cuando es algo que huele a fufú.

Eso me deja una gran inmolación en el alma. Yo siempre quise convertirme en poeta civil, pero nunca supe en qué oficina había que inscribirse. Teniendo el Comité Militar tan cerca de mi casa y tan pendiente de mi busto, cambiaba de semblante al pasar con mis secretas intenciones poéticas de civilidad. No sé

si con el soneto construyó usted una balsa, pero sí que tuvo que salir como un siquitruque sobre las olas, echando un pie, y no paró hasta Tampa, que cuando un poeta le cae gordo a las autoridades, le quieren hacer tampas diversas, ponerle un tampón en la boca y amarrarle las manos. Allí se hizo usted lector de tabaquería, que es uno de los oficios cubanos más loables y llenos de humo que existen.

Para terminar el semblanteo, dicen en esa semblanza citada que cuando usted regresó al finalizar la guerra, venía con un pitirre patriótico en el corazón, y que por poco le da un terepe al ver ondear sobre el Morro un par de banderolas: la de U.S.A. y la nuestra. Una de ellas ya no se USA. Ya eso sí se lo sabe la gente. Textúo y cito: «Le hubiera bastado este poema para quedar definitivamente consagrado en la lírica de Cuba junto al nombre de José María Heredia». Vamos por partes, fuera casacas, y metamos el codo y el guante. Porque en esto de las banderas hay como un olor a trauma en el ambiente. Ya nuestro pensador mayor se acoquinaba y engurruñaba el hombro para no entrar a un tablao donde bailaba una tremenda hembra española, dignísima de entablillar, solo porque el trapito enemigo estaba afuera.

Y usted va a rajatabla, a por todas, diciendo de nuestra insignia que: «¡Al cubano que en ella no crea/ Se le debe azotar por cobarde!». No es para tanto, Bonifacio, ya sé que encabrona esperar una cosa y ver otra. Duele, mucho, como decía Elena Burke, pero hay que ser un poco flexible. En mi tiempo, por ejemplo, la bonita del rubí, las tres franjas y una estrella ondeaba de lo más solita y danzarina ella, pero luego te metías en los lugares y qué encontrabas: pollo a la jardinera búlgaro, compotas rusas de tanquista, mermelada de arándanos de Volokolams, jugos de manzana de los Urales (muy bueno para la urea), salianka en sobre. Al líder lo escuchabas por un VEF y lo veías en un Electrón. Y te podías retratar con una Smena mirando el Vostock, con la banderita detrás y todo. Era para estar boquiabierto, Bony, bonificado en Uzbeko. Hay algo en ese nacionalismo textil que no me encaja del todo. En mi caso personal, que ya sé que es un poco monstruoso, pero es personal, civil y poético, a esta altura del mundo sobran los trapos. O que se los dejen a los equipos de fútbol y de pelota. O en los desfiles de las Olimpiadas, para saber que el prieto ése es de otro continente y el chino judoka es de nosotros. Digo yo.

Ya sé que usted se berreó con razón, y que quería esto tan lindo: «Aunque lánguida y triste tremola,/ Mi ambición es que el sol con su lumbré/ La ilumine a ella sola —¡a ella sola!—/ En el llano, en el mar y en la cumbre». Y mire qué casualidad, que tremola y el sol la alumbra a ella solana. Pero por abajo pasan las verdes pelucas del enemigo. Nuestro pensador mayor no entra ya ni a ver una bailarina malaya, y no porque seamos enemigos de Sandokán. La bandera allá arriba y la gritería es en otro idioma, aunque el idioma sigue hablando en un lenguaje parecido al suyo, que ya no convence.

Entonces, que me azoten si alguien quiere seguir su tremebundo consejo. Porque no me conmueven la tela ni otras cosas banales. Y que, cuando me parta un rayo, no se les ocurra envolverme inmolado en ella, que es gastar material por gusto. Que me quemén y me esparzan calpes, allí donde me

toque. O que sigan el consejo de otro poeta, un poco menos civil que usted, pero más marxista. Se llamó Chicco Marx y le escribió esta nota a su hermana: «No olvides lo que te he dicho, cielo. Pon en mi ataúd una baraja de cartas, un palo de golf y a una bonita rubia».

A mí me van sobrando el palo de golf y las barajas. Que echen también una trigueña y un disco de Benny Moré. Y que nadie se enlute el alma, que yo iré guaracheando mi siguaraya.

Civilmente embanderado,

RAMÓN



El Chino de la Charada